

I

María Isabel nunca tuvo muchas razones para asistir a la escuela. Siempre pensó que la educación que allí recibía era mucho menos útil que la que podía encontrar en los libros, en las revistas y en Internet. Aprobaba las materias con trabajos y bajo protesta. La secundaria la había decepcionado. Desde que entró a sexto de primaria, había pensado que el mundo que venía por delante sería distinto, glamoroso. Que ella sería mayor cuando formara parte de él. Pero no fue cierto.

La secundaria tenía sus diferencias, claro, pero la mayoría de ellas resultaban incómodas. Tenía siete profesores en lugar de dos. En lugar de iniciar clases a las ocho, lo hacían a las siete. Se levantaba cuando aún no amanecía y en invierno recorría el camino que separaba su casa del colegio congelándose la punta de la nariz.

Durante los dos primeros años, caminaba a diario esas cuadras con una sensación de vacío. Muchos estudiantes compartían con ella la antipatía hacia los conocimientos, pero encontraban otras motivaciones

para asistir a la escuela. Lucía, por ejemplo, durante todo primero y segundo se sentó en la última fila, y si alguien le hubiera preguntado qué era lo que la motivaba a ir al colegio, habría dicho: “el desmadre, el ligue y los descansos”. Esta opinión era compartida por muchos, que a eso se dedicaban. Y la mayoría de ellos, a pesar de todo, pasaban de año.

María Isabel les tenía cierta envidia a los que conformaban ese grupito, el de los populares, o los *cool*. En especial a Lucía, que se llevaba con todo el mundo y había tenido al menos tres novios, entre ellos Luis David, que era alto y guapo, y que le gustaba a la mayoría de las niñas del salón, de otros salones e incluso de otros grados, e iba a la escuela básicamente a divertirse.

La envidia de María Isabel también se debía, aunque en menor medida, a su físico. Aunque no era nada espectacular, Lucía era dueña de una belleza que al menos todos los alumnos de 3.º B reconocían. Tenía el pelo castaño y largo, y los ojos verdes. No era muy alta, pero tenía un cuerpo esbelto y bien proporcionado, y no le había tocado ser víctima de los crueles reveses de la vida adolescente, como el acné o los cólicos —esto último no era evidente, pero ella insistía en divulgar su buena suerte al respecto.

A María Isabel, en cambio, no la habían tratado tan bien las hormonas. En cuanto apareció su primera regla, llegaron también algunos barro y kilos extras que no necesitaba para nada. Ninguno de los dos constituía un problema grave en realidad, pero siempre era preferible no tenerlos.

A veces, antes de vestirse en las mañanas, soltaba la toalla que la envolvía frente al espejo. Era entonces

cuando podía ver con claridad cuáles eran esos kilos sobrantes y dónde estaban. Bajo el uniforme, que a todas las niñas las proveía de un aspecto un tanto cilíndrico, la mala distribución de la carne se disimulaba bien. Verse sin ropa ante el espejo era otra cosa. Pero la preocupación de María Isabel no era tanta como para considerar una dieta o una rutina de ejercicios. No tenía tiempo para esas cosas. Si hubiera querido dedicarse, como Lucía, al modelaje, tal vez estos habrían sido sacrificios aceptables, e incluso necesarios. Sin embargo, María Isabel estaba segura de que su futuro nunca iría por esos rumbos.

Aún no estaba muy segura de lo que quería hacer en la vida, pero sabía que tendría que ver con escribir, tal vez cuentos o novelas, quizá películas u obras de teatro. Como fuera, para eso no tenía que hacer dietas o inscribirse en un gimnasio. Ni siquiera pensaba que fuera indispensable ir a la escuela. Dudaba que las circunstancias la arrastraran a escribir una novela que tuviera algo que ver con el teorema de Pitágoras o a filmar una película sobre la tabla periódica. Estaba segura de que los personajes de sus historias nunca necesitarían saber despejar o hacer quebrados. Y, en todo caso, siempre podía contratar a un asesor para eso.

María Isabel no hablaba mucho de sus aspiraciones. Solo una vez lo había mencionado a sus padres y de inmediato notó el intercambio de miradas entre incrédulas y condescendientes, como si hubiera dicho una broma. En alguna otra ocasión se las había mencionado a Silvia y a Esteban. Cuando recién se conocieron, hablaron de lo que querían ser cuando crecieran; cada quien dijo lo suyo, pero no fue una conversación

que los marcara o que recordaran más allá del día que ocurrió. Silvia y Esteban la olvidaron esa misma tarde, pero María Isabel siempre la tuvo presente. Más adelante, cuando volvieron a hablar al respecto, sus amigos ya habían cambiado de opinión. Ella no, pero ya no les dijo nada. Simplemente respondió: “No sé”.

Silvia y Esteban habían sido lo más cercano a sus mejores amigos durante los dos primeros años de secundaria. María Isabel se sentía segura a su lado porque no pertenecían a un grupito; más bien, entre los tres conformaban uno. No faltaba quien le hiciera burla a Esteban por estar todo el tiempo con dos niñas. Le decían de marica para arriba, pero él ignoraba las burlas; si había algo que tenía muy claro era que estaba con niñas porque le gustaban.

María Isabel le gustó primero, pero ella nunca quiso darse cuenta. Tampoco es que los intentos románticos de Esteban fueran demasiado violentos o siquiera medianamente obvios, pero a veces la miraba de más. Y entonces ella se extrañaba y le preguntaba “¿Pues qué me ves?”. Esteban no respondía, solo sentía que su temperatura se elevaba unos grados sin alcanzar a sonrojarlo y se volteaba hacia otro lado.

Esto sucedió hasta el día en que María Isabel, poco antes de las vacaciones de diciembre de segundo de secundaria, los invitó a comer a su casa porque su abuela llevaría pruebas de los platos que cenarían en Nochebuena. Por alguna razón, Silvia no pudo ir y solo Esteban comió esa tarde con los papás de María Isabel, la abuela y Eduardo, su hermano pequeño. No había muchas ocasiones como esta, en la que el trío se convertía en dúo, y Esteban tenía planeado aprovecharla

para dar algún paso hacia terrenos más románticos con María Isabel.

Durante el tiempo que estuvieron en la mesa probando bacalao y varias modalidades de romeritos, Esteban notó que la abuela lo veía con cierta insistencia y, cuando sus miradas se cruzaban, se volvía rápidamente hacia otro lado.

Al terminar la comida, el papá de María Isabel regresó a la oficina, el hermanito se fue a su recámara y María Isabel y Esteban fueron al cuarto de ella a jugar Mario Bros. María Isabel había mejorado, pero Esteban seguía ganándole por mucho. Sin embargo, ese día él estaba distraído y ella iba ganando. Hicieron una pausa para que Esteban fuera al baño y en el camino de regreso escuchó sin querer unas cuantas frases de la conversación que sostenían la mamá y la abuela de María Isabel en la cocina:

—No sé, nunca lo había traído a comer, pero anda con él para todos lados —dijo la mamá.

Sobrevino un silencio en el que seguro hubo un intercambio de miradas significativas que Esteban no pudo ver.

—No te preocupes —dijo la abuela—, cuando tienen 14 años se enamoran de cualquier cosa.

La frase de la abuela, que muy probablemente intentaba tranquilizar alguna inquietud de la mamá, puso en jaque las intenciones de Esteban. En el baño había intentado reunir los ánimos para regresar, apagar el Nintendo y, en lugar de declarársele verbalmente, decírselo todo con un beso en la boca. Pero esa conversación lo confundió y los ánimos se le desparramaron de nuevo.

Qué bueno que así sucedió. Quién sabe qué hubiera hecho ella. A María Isabel no le gustaban los besos. Los de las telenovelas le daban mucho asco. Y peor los de las películas en las que los actores parecían tomar más en serio sus papeles y en ocasiones incluso podía verse claramente la lengua de uno explorando la boca del otro. María Isabel tragaba saliva como si intentara limpiar su propia boca y esperaba nunca tener que hacer algo así.

Algunas fobias no tienen explicación, pero esta sí la tenía: se trataba de un acontecimiento que había sucedido años atrás y que no había sido bueno.

Las personas merecen tener una mejor primera vez para algo tan importante como un beso.